

Gálatas 1:1-10

Pentecostés 3 1998 Gálatas 1:1-10

1 Pablo, apóstol -no de parte de hombres ni por medio de hombre, sino por medio de Jesucristo y de Dios Padre, quien lo resucitó de entre los muertos- ² y todos los hermanos que están conmigo; a las iglesias de Galacia: ³ Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo, ⁴ quien se dio a sí mismo por nuestros pecados. De este modo nos libró de la presente época malvada, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre, ⁵ a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

El carácter único del evangelio

⁶ Estoy asombrado de que tan pronto os estéis apartando del que os llamó por la gracia de Cristo, para ir tras un evangelio diferente. ⁷ No es que haya otro evangelio, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. ⁸ Pero aun si nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciara un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. ⁹ Como ya lo hemos dicho, ahora mismo vuelvo a decir: Si alguien os está anunciando un evangelio contrario al que recibisteis, sea anatema.

Pablo defiende su evangelio

¹⁰ ¿Busco ahora convencer a los hombres, o a Dios? ¿Será que busco agradar a los hombres? Si yo todavía tratara de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.

En un mundo en que hay una multitud de mensajes, en gran parte contradictorias entre sí, de modo que reina la confusión y mucha gente se vuelve indiferente a cualquier reclamo de poseer la verdad, puede parecer arrogante insistir en que solamente hay un evangelio, que solamente hay un camino a la salvación, que apartarse de este camino lleva no a la salvación por otro camino, sino de frente al infierno. Tal insistencia va directamente contrario a la tolerancia de diversidad de opiniones en el asunto de la religión que está tan en moda hoy día. Pero no estamos solos en esta insistencia. En nuestro texto, el apóstol Pablo, por inspiración del Espíritu Santo, dice lo mismo. Nosotros solamente repetimos el mensaje después de él. Y si lo hacemos por las razones correctas, lo haremos por los mismos motivos que él, una profunda preocupación por las almas de las personas

que podrían ser engañadas y finalmente condenadas por dar oído a evangelios que en realidad no lo son. Meditemos esta mañana, entonces, en el tema: **“Mantengámonos con la doctrina apostólica”**

Pablo comienza su carta a los gálatas revelando la gravedad de la situación en que se encuentran los gálatas. Han estado escuchando y comienzan a dar crédito a maestros que dicen que, si bien Pablo les enseñó una parte de la verdad, por temer él había ocultado la plenitud del evangelio, de modo que ellos tenían que completarlo. Pablo había enseñado una salvación puramente por gracia, sin las obras de la ley. Según ellos, eso fue por temor de que, si insistían en obedecer la ley de la circuncisión y de las fiestas judías, etc., muchos gentiles no entrarían. Pablo así estaba distorsionando el verdadero evangelio porque buscaba el favor de los hombres, así es que callaba aspectos esenciales del mensaje que podrían provocar la oposición. O tal vez lo hacía porque no entendía el mensaje que Cristo había dado a los verdaderos apóstoles que lo habían acompañado durante su ministerio en la tierra. En todo caso, sí, se debe creer en Cristo, pero no era suficiente. A esto se tenía que añadir la obediencia a la ley si se quería salvar.

Frente a esto Pablo insiste que seguir otro evangelio es perder a Cristo. “Estoy asombrado de que tan pronto os estéis apartando del que os llamó por la gracia de Cristo, para ir tras un evangelio diferente”. No es cierto, dice Pablo, que solamente están complementando el evangelio. No es cierto que solamente están ofreciendo una versión un poco diferente del mismo evangelio. Lo que pasa es que es otro evangelio, un evangelio diferente, un evangelio que está en abierta contradicción al evangelio que habían recibido del apóstol Pablo y habían creído. Y seguir ese otro evangelio significa perder a Cristo. “Os estáis apartando”.

Ha usado el término evangelio, porque así han llamado su mensaje los adversarios. Pero Pablo quiere que los lectores y oyentes se den cuenta de que para el mensaje de ellos, el término está muy mal empleado. Así es que aclara: “No es que haya otro evangelio”. O sea, el evangelio que yo he predicado es el único verdadero evangelio. Lo que ellos enseñan no es el evangelio sino una perversión total del mensaje de Cristo. “Y quieren pervertir el evangelio de Cristo”. Oigamos el comentario apto de Lutero al respecto: “Para decir esta oración con otras palabras: ‘Estos falsos apóstoles no solamente les perturban, eliminan el evangelio de Cristo. Actúan como si fueran los únicos verdaderos predicadores del evangelio, pero aun así, confunden la ley y el evangelio. Como resultado, pervierten el evangelio. O

Cristo tiene que vivir y la ley tiene que perecer, o la ley permanece y Cristo tiene que perecer; Cristo y la ley no pueden convivir en la conciencia. Hay o gracia o ley; confundir las dos es eliminar totalmente el evangelio de Cristo...

“Perece un asunto sin importancia mezclar la ley y el evangelio, la fe y las obras, pero hace más daño de lo que la mente humana puede concebir. Confundir la ley y el evangelio no solamente hace borroso el conocimiento de la gracia, elimina totalmente a Cristo”.

Por eso el que predique otro evangelio será anatema. Dice Pablo: “Pero aun si nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciara un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como ya lo hemos dicho, ahora mismo vuelvo a decir: Si alguien os está anunciando un evangelio contrario al que recibisteis, sea anatema”. Sea anatema es equivalente a “sea condenado”. Pablo maldice a los que presentaran otro evangelio diferente del que él les había predicado. Y lo merecen, porque destruyen las almas. Si se pervierte el único evangelio que hay, el único resultado es una infinidad de almas conducidas directo al infierno. La responsabilidad no podría ser más grave. Es tan grave que Pablo dice que él mismo, o un ángel del cielo, tendría que ser condenado si predicara otro evangelio. El verdadero evangelio es más importante que Pablo, un apóstol, un ángel del cielo. El verdadero evangelio tiene que mantenerse aunque todos éstos perezcan. Porque si no es así, los hombres no pueden ser salvos.

Sólo en el verdadero evangelio hay salvación, insiste Pablo. Y si nosotros queremos ser salvos, y poder conducir a otros al camino de la salvación, tenemos que estar muy seguros de qué es ese verdadero evangelio. Precisamente debido a la importancia que tiene este punto Pablo insiste tanto en sus credenciales como apóstol. Es un apóstol verdadero. No tiene su ministerio ni de hombres, ni por medio de hombres. Lo ha obtenido directamente de Cristo. Y su mensaje igualmente, no lo ha aprendido de ningún hombre, de modo que podría haberlo entendido en un modo imperfecto, como alegaban los adversarios, sino que “el evangelio que fue anunciado por mí no es según hombre; porque yo no lo recibí, ni me fue enseñado de parte de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo”. Es ese evangelio que él ha proclamado entre los gálatas y en todas las otras congregaciones que él ha fundado. ¿Y qué es este evangelio? Ya en el saludo de esta carta da un resumen, para que

se den cuenta de lo que están perdiendo si abandonan este mensaje y prestan atención a los falsos apóstoles.

“Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nuestros pecados. De este modo nos libró de la presente época malvada, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre”. De esto los gálatas ya deben darse cuenta de lo que perderían si escucharan el mensaje de salvación por las obras de la ley que predicaban los nuevos maestros en Galacia. Comenta otra vez Lutero: “Pablo sigue con su tema. Nunca pierde de vista el propósito de su epístola. No dice: ‘quien recibió nuestras obras’, sino ‘quien se dio’. ¿Qué es lo que dio? No fue oro, ni plata, ni corderos de la pascua, ni un ángel, sino a sí mismo. ¿Para qué? No por una corona, ni un reino, ni nuestra bondad, sino por nuestros pecados. Estas palabras son como tantos truenos de protesta desde el cielo contra toda clase e índole de mérito propio. Subraye estas palabras, porque están llenas de consuelo para las conciencias heridas.

“¿Cómo podemos obtener la remisión de nuestros pecados? Pablo responde: ‘El hombre que se llama Jesucristo y el Hijo de Dios se dio por nuestros pecados’. La artillería pesada de estas palabras destruye el papado, las obras, los méritos y las supersticiones, porque si nuestros pecados se pudieran quitar con nuestros propios esfuerzos, ¿qué necesidad había de que el Hijo de Dios se diera por ellos? Si se considera que Cristo se dio por nuestros pecados, resulta lógico que no se pueden quitar con nuestro propio empeño”. Lutero

Sí, el verdadero evangelio se trata, no de una cooperación en la salvación entre Jesús y los hombres, sino de uno que se dio por nuestros pecados. Trata del sacrificio que hizo Jesucristo por nosotros los pecadores. Y de eso debe ser evidente que el plan de salvación de Dios tiene que ver con lo que Cristo ha hecho, no con lo que nosotros pudiéramos hacer. En nosotros sólo había pecados. En nosotros, por nosotros mismos, todavía no hay más que pecado. Todas nuestras justicias son trapo de inmundicia, como dice Isaías. Así que el evangelio es un mensaje que se dirige, no a los seudosantos que imaginan que no tienen pecado, y que sus pecados no son tan serios que realmente los excluyan del cielo si hacen un esfuerzo por combatirlos, sino a los pecadores que no tienen nada que ofrecer a Dios sino su pecado, y lo saben. Los primeros primero deben reconocer que ellos también en verdad pertenecen a esta última clase, y luego todos

deben aplicar personalmente las palabras que Pablo incluye aquí. “Quien se dio a sí mismo por **nuestros** pecados”.

Otra vez permitamos que comente Lutero: “Noten especialmente el pronombre ‘nuestro’ y su significado. Reconocerán sin dificultad que Cristo se ha dado por los pecados de Pedro, Pablo y otros que eran dignos de tal gracia. Pero cuando se sienten deprimidos, se les hace difícil creer que Cristo se haya dado por sus pecados. Nuestros sentimientos rehuyen hacer una aplicación personal del pronombre “nuestros”, y rehusamos tratar con Dios hasta que nos hayamos hechos dignos con las buenas obras”. Y allí está la trampa. Otra vez, apliquemos el mensaje como lo hace Lutero: “El genio del cristianismo acepta como veraces y eficaces las palabras de Pablo: ‘quien se dio a sí mismo por nuestros pecados’. No debemos considerar nuestros pecados como pequeñeces insignificantes. Por otro lado, no debemos considerarlos tan grandes que tengamos que desesperarnos. Aprendan a creer que Cristo se dio, no por transgresiones pequeñas e imaginarias, sino por pecados tan grandes como los montes; no por uno o dos pecados, sino por todos; no por pecados que se pueden dejar, sino por los que están profundamente arraigados.

“Practiquen este conocimiento y fortalézcanse contra la desesperación, especialmente en la hora final, cuando los recuerdos de los pecados pasados ataquen la conciencia. Digan con confianza: ‘Cristo, el Hijo de Dios, no se dio por los justos, sino por los pecadores. Si no tuviera pecado, no necesitaría a Cristo. No, Satanás, no puedes engañarme para que imagine que soy santo. La verdad es que soy nada más un pecador. Mis pecados no son transgresiones imaginarias, sino pecados contra la primera tabla, la incredulidad, la duda, la desesperación, el desprecio, el odio, ignorancia de Dios, falta de gratitud hacia él, abuso de su nombre, negligencia de su palabra, etc.; y pecados contra la segunda tabla, falta de respeto a los padres, desobediencia hacia el gobierno, codiciar las posesiones de otro, etc. Es cierto que no he cometido el asesinato, el adulterio, el robo y pecados semejantes en obras, pero los he cometido en el corazón, y por eso soy transgresor de todos los mandamientos de Dios.

“Porque mis transgresiones se multiplican y mis propios esfuerzos por justificarme son un impedimento más bien que una ayuda, por eso Cristo el Hijo de Dios se dio a la muerte por mis pecados’. Creer esto es tener la vida eterna”.

Así es como Dios ha determinado salvarnos. “De este modo nos libró de la presente época malvada, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre”. La muerte del Hijo de Dios en la cruz, eso es lo que costó nuestra redención. ¿Y ahora vamos a pensar en rechazar ese gran precio y ofrecer la moneda falsa de nuestras obras para tratar de comprar la salvación nosotros mismos? ¡Qué nunca se nos ocurra! Más bien, creamos con toda firmeza en el único evangelio que hay, el evangelio que nos anuncia que Cristo lo ha hecho todo, el evangelio que nos invita a recibir por fe todo lo que Cristo ha hecho por nosotros, el evangelio que es proclamado por Pablo y por toda la Escritura. Sólo así nos quedaremos verdaderamente con nuestro Salvador, y heredaremos con él la gloria celestial. Sólo ese evangelio nos proveerá de la gracia y la paz. Sólo Cristo es el Salvador. “A quien sea la gloria por los siglos de los siglos.” No hay otra cosa que glorifica tanto a Cristo, que ver en él solamente nuestro Salvador. No lo dejemos jamás. Amén.